

Índice:

La guerra de las consolas, página 2

Un empujoncito, página 12

La guerra de las consolas

Las consolas siempre me esquivaron. Mi mamá les declaró la guerra temprano. Apenas podía caminar cuando pasamos frente a un cartel que promocionaba un Nintendo y tuve la osadía de apuntarlo con el dedo. ¿Qué es esa estupidez? gritó, haciendo que todo el mundo se girara a ver qué pasaba. No hallan qué inventar estos desgraciados. Buscaba la mirada de otras mamás alrededor para hacerlas cómplices, y yo escondía mi cara contra sus rodillas. Gringos malditos, hicieron otra tontera para sacarle plata a la gente y dejar generaciones de gente tonta y con problemas a la vista más encima.

En mi casa éramos comunistas. No celebrábamos el día del niño o el día de la madre, ni santos, ni pascua. Todas esas fechas calificaban como expresiones de la opresión de los grandes poderes económicos del mundo. Cuando Raúl se fue a vivir con nosotros perdimos también la navidad y los cumpleaños. Era el nuevo pololo de mi mamá y como nosotros también era antimperialista. Los regalos se transformaron en “cenas simbólicas” en las que había vino y queso. Mi mamá y Raúl ponían discos de música cubana en la radio y bailaban felices girando sobre la alfombra, mientras yo hundía galletas de soda en un queso pastoso y blanco con olor a calcetines sucios. La austeridad de la que supuestamente debía sentir orgullo solo estaba ahí para cagarme la vida.

Tuve que alargar la existencia de los juguetes al extremo. Las historias que inventaba para mis figuras articuladas partían siempre en un hospital galáctico, donde podían encontrar prótesis de plasticina con las que suplir las piernas y brazos que les faltaban. ¿Tú estás loco? ¿Cómo se te ocurre? fue la respuesta que tuve la única otra vez que sugerí que compráramos un Súper-Nintendo. Esa noche me vieron tan deprimido que al rato llegó Raúl a mi pieza para explicarme cómo funcionaban las cosas en el mundo. Cómo muchos niños no tenían un solo juguete. Y no solo eso, a veces también tenían que trabajar corriendo de un lado para otro y cargando cosas pesadas. Él mismo tampoco había tenido juguetes de niño.

—No los necesitaba. Todo está acá —dijo, apuntándose en la cabeza.

Yo me estiraba la cara con las manos, achinando los ojos y haciendo que la tele se viera más grande.

—¿Y qué hacías entonces? —pregunté. Solo para terminar rápido la conversación.

—Andar con los otros niños. Correr, saltar, subirse a los árboles, cualquier cosa. Con mi hermano hacíamos trampas con pelos de caballo y palos para atrapar lagartijas.

—Pero acá no hay lagartijas ni caballos, Raúl.

—Es un ejemplo solamente.

Nos quedamos callados mirándonos. Raúl tenía una mueca rara en la cara, entre confundido y enojado. La misma que había puesto cuando mi mamá contó en la mesa que le darían un bono en el trabajo, por los buenos resultados. ¿De cuánto es el bono?, preguntó, y después de escuchar el monto botó con fuerza un chorro de aire por la boca, como si estuviera espantando moscas, antes de decir: imagínate cómo será el bonito de los gerentes, esa manga de cerdos.

—Bueno, tienes piernas y brazos, ¿no? —me dijo—. Quizás si los usaras un poco más, tendrías un poco menos de esto otro.

Con una mano me agarró la guata y la sacudió como mi mamá sacudía los sobres de sucralosa antes de abrirlos.

Esta animadversión por los juegos de video me obligó a salir de la casa y pasar toda clase de humillaciones. Primero, con un vecino que amontonaba las consolas una sobre la otra sin ninguna culpa en la medida que las generaciones avanzaban: Nintendo, Súper Nintendo, Nintendo 64, formaban una torre de diversión en su escritorio. Los cartuchos de juegos de sus consolas viejas aparecían en el patio común mordisqueadas por los perros. Lo odiaba, pero la necesidad de ir y tocar la puerta de su casa me superaba. Todo por la remota posibilidad de que me dejara jugar Mario cinco minutos. Las pocas veces que lo hizo, me retaba constantemente por la forma en cómo usaba el control: No lo apretes tanto, lo vas a romper. Trataba de concentrarme y controlar los dedos, pero no había caso. La sensibilidad de mis pulgares no había tenido la oportunidad de desarrollarse. De un tirón terminaba quitándome el control de las manos. No sabís jugar hueón, me decía.

La mayoría de las veces, cuando tocaba su puerta se asomaba por la ventana del segundo piso y me quedaba mirando.

—¿Qué pasa? —me gritaba.

—¿Juguemos? —el nerviosismo en mi voz amplificado por las manos apretadas contra la boca haciendo de megáfono subía hasta el segundo piso y después caía de nuevo sobre mí. Una lluvia de vergüenza cayéndome en la cabeza.

—No tengo ganas ahora.

Nunca tenía ganas. Disfrutaba torturándome: tengo la luz cortada, tengo tarea, no tengo ganas, no me gusta el Nintendo.

La única contenta con esta situación era mi mamá. En las reuniones de apoderados se jactaba frente a los demás papás de cómo en mi casa las pantallas se encendían solo para ver las noticias. Y cómo la ausencia de cable y consolas me había vuelto un niño lleno de imaginación y habilidades misteriosas. Yo pienso que me volvió un ser lleno de odio.

Y tampoco era tan cierto. Siempre comíamos viendo las teleseries nacionales. Mi mamá preguntaba quién era tal o cual personaje, y sufría con sus dramas aunque no supiera cómo se llamaban. Los dedos se le quedaban congelados justo encima de las teclas del computador por varios minutos hasta que empezaban los comerciales. El que odiaba la tele en realidad era Raúl. Todo era malo, las teleseries un asco, los periodistas unos palurdos, nada se salvaba. La verdadera televisión estaba en Francia, allá realmente uno podía ver cosas de calidad. Había estado exiliado en Europa más de quince años, y volver, como nos recordaba constantemente, fue lo peor que pudo haberle pasado. Chile era un país charcha maquillado de cifras económicas engañosas. Era cosa de prender la tele para darse cuenta. No quedaba cultura. Nuestra sociedad era un cadáver. Si entraba al living y teníamos la tele prendida empezaba a sentir vergüenza automáticamente, sobre todo si la película era norteamericana. Qué asco estos yankis, empezaba. ¿Y a ustedes de verdad les gusta esto?

—Es bien mala la película en realidad —decía mi mamá, traicionándome rápidamente, y escribía un par de cosas en el computador unos segundos antes de volver a quedarse pegada en la tele.

Si abrían más de una botella de vino en la mesa, Raúl empezaba con la misma historia: en algún momento nos iríamos con él a Francia. Apenas saliera un proyecto que estaba gestionando. Íbamos a juntar plata y nos iríamos todos a vivir a Europa. Allá íbamos a ser felices. Hay de todo para que un niño se desarrolle, pero de verdad, con instituciones de calidad. ¿Sería como el sucedáneo de limón? Antes de que mi mamá entrara a su último trabajo comprábamos una botellita de sucedáneo de limón para aliñar las ensaladas, y cuando dimos el salto al limón de verdad sentí que había vivido siempre una mentira. ¿Eso sería vivir en Francia? ¿Vivir en la versión original de las cosas? Con una mano me sacudía el pelo.

—Y este va a andar hablando francés a los tres días. *¿ou pas, petit oiseau?*

Lo miraba nervioso del otro lado de la mesa. Sus labios púrpuras parecían estar descascarándose.

En mi pieza me desquitaba. Tenía una tele enana que había sido de mi abuela. Sin cable no podía darme el lujo de discriminar: noticias, matinales, dibujos animados, teleseries venezolanas, Don Francisco. Todo lo que aparecía en esa pantalla de ocho pulgadas tenía un espacio en mi corazón. Aprendí a escuchar como un místico, con el volumen al mínimo, imaginando diálogos y tramas. Atento a los pasos en la escalera. La condición de tener una tele en la pieza era jamás usarla.

El deseo inalcanzable te vuelve estúpido. En otras casas descubrí lo que era la lucha libre y el canal Nickelodeon del que todos hablaban. En mi pieza pasaba una y otra vez el *auto-scan* con la esperanza de captar algo, cualquier cosa. Si en el barrio estaban instaladas las antenas del cable, tenía que haber una señal dando vueltas. Casi se me detiene el corazón cuando se detuvo en el canal 50. La emoción duró un segundo y entendí que solo se trataba del canal de los evangélicos.

El año 96 tuve la suerte de enfermarme gravemente. Una neumonía me tuvo en cama tres semanas, y el Chino, un compañero de colegio, se compadeció de mí y me prestó el Super Nintendo mientras me recuperaba. Es una de las cosas más maravillosas que un ser humano ha hecho por mí. Entró a mi pieza caminando lento y con lágrimas en los

ojos, la consola en los brazos y su mamá afirmándolo de los hombros. Ella pensaba que la emoción de visitar a un amigo enfermo lo embargaba. Él y yo sabíamos que el dolor venía de otro lado. No era fácil desprenderse de esa maravilla de la tecnología japonesa.

En las casas de mis compañeros de colegio había jugado un par de veces, pero siempre había que hacer primero las tareas y compartir el control con un ejército de hermanos. Al final, las pocas veces que el control llegaba hasta mis manos, apenas alcanzaba a apretar un par de botones antes de tener que pasarlo. Con la consola a plena disposición el escenario cambiaba radicalmente. Mi mamá se iba al trabajo temprano. Se despedía con un beso en la frente para medir el estado de la fiebre. Dejaba almuerzo en el refrigerador y un turro de papeles con la materia del colegio en la cómoda. Se la había conseguido con otras mamás, y así, en el caso de sentirme un poco mejor, yo podría estudiar un rato. ¡Pobre ilusa! Encendía la consola con el ruido que hacía la puerta de entrada al cerrarse y la apagaba nueve horas después cuando escuchaba sus tacos en la vereda. Mi mamá me encontraba con la cara hirviendo, tomaba el termómetro y no entendía por qué marcaba solo 37.

Fue Raúl quien descubrió el fraude. Llevaba dos años cesante, siempre a punto de echar a andar un proyecto diferente del que de repente no se hablaba más. Decía que iba a entrevistas y reuniones, pero ese año nos enteramos de que no era tan así. Volvía a la hora de almuerzo y se echaba a ver tele en la pieza de mi mamá. Yo y mi convalecencia estábamos de pronto arruinándole la fiesta. Subía todos los días hasta la mitad de la escalera y soltaba un gruñido al volver a confirmar, una y otra vez, que el lugar estaba ocupado y que el supuesto niño enfermo no parecía realmente tan enfermo, o ¿cómo podía pasar esa cantidad de horas frente a la pantalla?

Debe haber sufrido enormemente con el ruido de los disparos en la tele, y las canciones repetitivas de los juegos de pelea. Las melodías en ocho *bits* bajaban las escaleras y se metían en la que era realmente mi pieza, donde Raúl estaba confinado por las tardes. Seguramente no se acostumbraba a mis almohadas con forma de animales o al colchón de una sola plaza. Un día no lo soportó más, subió las escaleras gritando, tomó la consola, la levantó sobre la cabeza y la tiró encima de la cama. La música se cortó de golpe, los cables se desconectaron y volaron por la pieza. El ruido

que hizo el control al caer al suelo fue como si todos los vasos del mundo se hubieran roto al mismo tiempo.

Recién en primero medio tuve mi propia consola, un PlayStation. Vendí todo lo que encontré en mi pieza y usé la plata que me pasaban para almorzar. Era algo que había descubierto hace un tiempo: si me saltaba los almuerzos podía gastar la plata en otra cosa. Cada lunes en la mañana mi mamá me pasaba los billetes con los que tenía que comprar el almuerzo de la semana en el casino del colegio. Nunca se le ocurrió que su hijo era un místico totalmente entrenado en el arte de pasar hambre.

Se lo compré a un compañero del colegio que me dejó pagarlo en cuotas. Un pago semanal por tres meses.

Tomaba la decisión con el estómago lleno. El lunes a primera hora, con el sabor del desayuno aun en la boca le entregaba la plata. Lleno de confianza y con una tranquilidad que no se repetiría hasta la semana siguiente. Pasaba el resto de los días destrozado por el hambre. Rogándole a mis compañeros que por favor me convidaran del pan que llevaban de colación, del paquete de Ramitas o Doritos. Me sentaba al lado de ellos en el casino y con un tenedor intentaba pinchar lo que podía de sus platos antes de que se cambiaran de mesa.

—¡También tengo derecho a ser feliz! —gritaba desconsolado.

Por las tardes llegaba a mi casa a saquear el refrigerador, pero la mayoría de las veces Raúl ya había arrasado con todo. Su ventaja era estar siempre ahí. A esa altura ya teníamos cable y él se pasaba todo el día pegado en el canal de noticias. Que no saliera a buscar trabajo ya no era ninguna sorpresa. Él y mi mamá tuvieron varias discusiones hasta que el tema pasó a la categoría de problemas sin resolver de la casa, como las puertas que cerraban mal o la plancha de zinc rota en el techo. Desde mi pieza escuchaba las voces de los periodistas y detrás, la voz de Raúl alegando: ¡Qué horror estos pseudo periodistas! Si se dormía, por un rato solo se escuchaba la tele y el crujido que hacía la cama cuando se movía. El olor a cigarro bajando por la escalera y los carraspeos avisaban que había despertado.

No era que no encontrara ningún trabajo, sino que ninguno estaba al nivel que él esperaba. Los avisos del diario eran o demasiado simples o necesitaban títulos. ¡En este país piden títulos hasta para ir al baño! le escuché una vez. Raúl dejó la universidad en los setenta para dedicarse por completo al MIR, y después, en Francia se las arregló apañándose con los otros exiliados. Cuando quiso entrar al mercado laboral chileno veinte años después, se dio cuenta que no tenía profesión ni contactos que valieran la pena. Esperaba un trabajo mágico, con la misma fe que de niño yo había tenido, estirando los brazos hacia el escaparate donde exhibían las consolas, con la esperanza de que se alargaran y pudieran tomarla.

Cada domingo mi mamá dejaba el diario encima de la estufa, sutilmente abierto en la sección de empleos. Y cada lunes en la mañana, cuando no había nadie más en la casa, Raúl se levantaba a tomar desayuno, le daba una mirada rápida, lo arrugaba y lo echaba al basurero junto a los restos de pan y toalla nova.

Con el pago de la cuarta cuota me entregaron la consola. Todo había valido la pena ¡y solo quedaban ocho cuotas! Mi pieza tenía ahora una fuente de luz infinita, una que trascendía la puesta de sol y armaba su propio ritmo circadiano. La pantalla parpadeaba cambiando de color, tiñéndome la cara y las manos. La mochila del colegio era verde, azul, y roja, y estaba al lado mío, en el mismo lugar donde se me había deslizado por el brazo. Mi pieza era como una nave que viajaba a través de la materia. No había consciencia de la hora, del sueño, o el hambre. Solo frenéticos parpadeos de luz que en algunos lugares del mundo causaban ataques epilépticos y a mí explosiones de felicidad.

Por supuesto tuve que mantenerla oculta. El volumen al mínimo, el control de la tele sobre las rodillas, listo para apagar la pantalla de golpe, atento al mínimo movimiento de alguien acercándose.

Una noche fueron las compañeras de oficina de mi mamá a la casa y el Raúl se curó y habló solo toda la noche. Años atrás, escuchar sus historias había sido emocionante: tiroteos, encuentros clandestinos, fugas. Era como tener un superhéroe en la casa. Su testimonio era una especie de tesoro para mi mamá, lo poco que nos quedaba del Chile

antiguo. Pero con el paso del tiempo fueron perdiendo la gracia. El superhéroe se había quedado pegado.

Las amigas de mi mamá tomaban de las copas de pisco sour y se miraban levantando las cejas, como preguntándose si les tocaría volver a hablar alguna vez. Cada vez que Raúl decía Pinocho, un chorrito de saliva le saltaba de la boca. Nunca había visto a mi mamá tan roja. Para rematar, aunque Raúl no habló de la empresa donde todas trabajaban, si habló de los “yankis hijos de puta, explotadores de mierda”. Se armó un silencio tan incómodo que no me quedó otra que ponerme a inventar historias del colegio. Un campeonato de ping pong tan espectacular que nos habían contactado los chinos. Cuando las compañeras de mi mamá se fueron, mi casa explotó. Los gritos cayeron como bombas en el living. Mi mamá subía y bajaba la escalera moviendo cosas. No lo puedo creer, repetía, no lo puedo creer.

Desde esa noche Raúl empezó a dormir en el living y las discusiones eran cosa de todos los días. Las voces de los dos subían por la escalera, se metían por debajo de la puerta y competían con el volumen puesto al mínimo del Resident Evil. Y terminaban siempre con mi mamá tomando la ofensiva: ¿Y hasta cuándo voy a tener que mantenerte? Entonces la voz del Raúl desaparecía instantáneamente como si lo hubieran acribillado. Fue una mala época para la familia y una buena para el PlayStation. No nos sentábamos juntos a la mesa, ni había queso, ni música en la radio. Tenía chipe libre para llevarme la comida a la pieza y comer como un cavernícola dejando los controles resbalosos de grasa.

Me caí frente a todo el colegio. Estábamos cantando el himno nacional en el patio y yo tenía los ojos cerrados. No precisamente de la emoción, hacía frío y si cerraba los ojos todavía podía sentir el olor dulzón del detergente en mi almohada y el peso de las frazadas encima del cuerpo. Desperté en el suelo, con un montón de gente alrededor. Del colegio llamaron a mi mamá para explicarle que me había desvanecido y que mejor me fuera a buscar. El sueño me había pasado la cuenta. Llevaba casi cinco semanas durmiendo apenas tres o cuatro horas. Los ojos se me cerraban en clases por más resistencia que pusiera. La voz de la profesora de biología era una perfecta canción de cuna. La única simbiosis que a mí me interesaba ocurría entre la consola y yo.

No hubo cómo convencer a mi mamá de que no era necesario hacerme exámenes, así que nos metimos a un taxi y partimos al doctor. Tenía miedo de que me pillaran. Que en los exámenes aparecieran todas esas empanaditas de queso y sopaipillas que había estado almorzando hace semanas. Tenía los pantalones de colegio llenos de manchas de aceite y restos de masa descascarada. Las tías del casino se reían cuando me veían aparecer en la fila detrás de mis compañeros. El niño sin bandeja. Y me entregaban un plato grande y blanco donde esas tres empanadas diminutas parecían una mancha.

—Debe ser por la cagada de jugueto que tiene en la pieza. Desde que lo tiene, se pasa encerrado. Seguro le falta sol o algo así.

Raúl habló desde la terraza. Estaba fumando y asomó la cabeza solo para decir eso, y después volvió a sacarla para botar el humo afuera de la casa.

—¿Qué tiene que ver el sol? —reclamé.

—¿Cuál jugueto? —preguntó mi mamá.

—Un Play —respondí, mientras la perseguía escaleras arriba hacia mi pieza.

—¿Y eso? —apuntó la consola temblando, como si hubiera encontrado un cadáver.

—Me lo compré.

—¿Cómo? ¿De dónde sacaste la plata?

—Ahorré.

—¿De dónde? Si yo no te paso plata.

Debe haber llegado a la conclusión sola porque se quedó callada y no tuve que decir nada. Se sentó en la cama y se quedó mirando la consola. No me retó, ni me dijo nada, ni siquiera que no podía jugar. Solo se quedó ahí callada con los ojos desenfocados.

Después bajó a la cocina y al rato me llamó para que bajara a comer. Había preparado lentejas y en la mesa había más ensaladas que en año nuevo. Comimos los tres callados con las noticias de fondo. Pensé que íbamos a hacer como que si no pasaba nada hasta que Raúl empezó a hablar de la “tonterita” que me había comprado y cómo los Nintendo eran una plaga.

—No es un Nintendo —alcancé a decir.

Entonces mi mamá le pegó a la mesa con las manos abiertas y los dos saltamos del susto. Mi mamá miraba a Raúl con una furia en los ojos que yo nunca había visto. Él y yo paralizados, no teníamos idea qué iba a decir, pero fuera lo que fuera seguro cambiaría las cosas para siempre.

Un empujoncito

Podía ser cualquier cosa, los neumáticos de un auto, un perro, un loco arrastrando un basurero. Cualquier ruido podía traerlo de vuelta al mundo y eso significaría estar dos o tres horas despierto, y en el peor de los casos no volver a dormir hasta la noche siguiente.

Gabriel trabajaba como garzón en un bar y llegaba al departamento a las tres de la mañana. Tenía apenas tres horas de calma antes de que la ciudad cobrara vida otra vez y el ruido se desplegara: neumáticos, motores, bocinas, conversaciones, zapatos con taco, rejas y puertas. Cada ruido era una forma de agresión, una sacudida más dentro de su sistema nervioso. Y aunque sabía que exageraba, no podía dejar de sentirlo así: el mundo estaba ahí solo para molestarlo. Despertar a las cinco de la mañana y dar mil vueltas en la cama, prender la luz, leer un rato y volver a apagarla. Tratar de ignorar al perro que no deja de ladrar, cerrar los ojos y concentrarse en la respiración, seguir las instrucciones de los ejercicios de meditación que había encontrado en YouTube. Tratar de sentir el cuerpo, los hombros, los codos, la piel de las manos tiesa, los padastros en los dedos, las piernas ¿cuántos kilos había subido los últimos dos años? ¿cinco, siete? Por lo menos cinco. Se pasaba las manos por los muslos y los sentía inmensos, como si fueran de otra persona.

Si en mitad de la noche se paraba y se asomaba por la ventana podía ver al perro. Intentaba llamarlo sin levantar demasiado la voz como para no despertar a todo el mundo, aunque ¿cómo podían dormir así? A veces el perro lo miraba de vuelta, tres pisos más abajo, y se callaba. La mayoría de las veces no.

A media mañana había un espacio de tiempo donde el ruido paraba y Gabriel podía dormir un par de horas. Pero ese martes un nuevo ruido comenzó. Un ruido familiar. El golpe de algo rígido contra el cemento le trajo a la memoria el sabor de la Fanta tibia en un vaso plástico, y mientras se levantaba y caminaba hasta la ventana, su cerebro sacó como desde un pozo la imagen de lo que estaba a punto de ver: un niño andando en skate, justo abajo del edificio.

La única diferencia es que era una niña.

La chica avanzaba un par de metros por el pasaje y se devolvía. Y una y otra vez trataba de saltar con la tabla sin éxito. Apenas levantaba la punta y solo unos centímetros. Cada vez que las ruedas chocaban contra el cemento el ruido explotaba como un disparo y crecía trepando por los edificios hasta su ventana. Gabriel, apoyado en el marco, podía sentir la vibración en los brazos, el cuello y la nuca.

Se la encontró volviendo de comprar comida china. Se quedó congelado, con la bolsa plástica colgando de una mano y la otra empuñada con la boleta arrugada y las monedas del vuelto dentro. La niña estaba practicando en la entrada del edificio. Seguía intentando el *ollie*, y cada vez que fallaba hacía un gesto de dolor con la cara, como si no lograrlo fuera algo terrible. Por el rabllo del ojo podía ver a Gabriel, su pantalón de buzo y la polera larga cayendo junto a los brazos, totalmente quieto y mirándola.

—Te falta pop —dijo Gabriel de repente.

La niña lo miró nerviosa, sin entender. No estaba segura si le hablaba a ella o no. No había nadie más en el pasaje, pero podía ser como esas personas que hablan solas y viven en la calle. Se veía enojado.

—Pop, el salto. Estás muy preocupada de la otra pierna, la que sube, pero primero tienes que hacer pop.

—Estoy tratando, pero no me sale —dijo la niña mirándolo a los ojos.

—Mira.

Gabriel avanzó hasta ella y tomó la tabla. Esa mañana, acostado y mirando el techo, había fantaseado con bajar y partir la tabla por la mitad. Quitársela con un movimiento rápido, agarrarla con las dos manos desde la punta y azotarla contra el cemento hasta romperla. Ahora estaba haciendo algo muy diferente. Apoyó la tabla en el suelo y uso las manos para mostrarle a la niña cuál era la parte donde tenía que apretar. Cada uno a un lado de la tabla, repasaron las instrucciones como un par de cirujanos examinando un cuerpo antes de operar.

—Primero aprietas aquí, y justo después de eso arrastras el otro pie por toda esta parte —mientras lo decía, recorrió la lija de la tabla con el dedo índice—. Se ve como si

fuera al mismo tiempo, pero es uno primero y el otro después. El movimiento es tan rápido que si lo haces bien no se nota, pero siempre el pop va primero.

Gabriel se había puesto en cuclillas para explicar mejor. Tenía la cara de ella a la altura de su cara. Lo miraba con desconfianza. Quizás le habían dicho lo mismo que a él cuando era chico, que no hablara con desconocidos, que podían tratar de drogarla, raptarla y ese tipo de cosas. Recordaba esa expresión en la cara de los compañeros de colegio a los que les pegaban con el cinturón. La cara que ponían antes de arrepentirse de hacer cualquier cosa. Podría haberle dicho que estaba metiendo mucha bulla, que por culpa de ella no podía dormir y tenía la cabeza hinchada como si lo hubieran agarrado a patadas, pero se incorporó, se paró encima de la tabla y saltó. Un *ollie* de por lo menos treinta centímetros. No como los de medio metro que hizo alguna vez, pero uno lo bastante alto como para impresionar a una niña de once años, que abrió la boca como si hubiera visto a un extraterrestre.

Se llamaba Alondra y estaba en vacaciones de invierno. Terminaba de tomar desayuno a las nueve de la mañana y ya no tenía nada más que hacer hasta el almuerzo. Su mamá le dejaba las comidas del día en el refrigerador y la cuenta de Netflix conectada a la tele. Pero Alondra prefería el skate y el ruido que hacía tenía el ritmo errático de los martillazos de un maestro. Despertaba a Gabriel a las diez de la mañana. Puto colegio, putos niños y sus putas vacaciones. Preparaba café y se sentaba a fumar al lado de la ventana.

Alondra colocaba la manguera del edificio atravesada en la calle y trataba de saltarla. Había seguido todas sus instrucciones. Tienes que empezar a saltar cosas, le había dicho, así se gana altura. Es algo con el cerebro, si hay algo real que saltar, uno salta. Todavía no le resultaba bien, pero la manguera era lo suficientemente flexible para dejarla pasar, aunque las ruedas la tocaran. Bien, pensó, Gabriel. Como en muchas otras cosas, en el skate hay mucha mente de por medio.

Llevaba cinco años trabajando en el bar. No era algo planificado, el entretiem po que había sido congelar la universidad y pensar qué hacer con el resto de su vida no dejaba de alargarse. La noche anterior se habían quedado en el bar con los otros garzones para ver un partido de Chile. Gabriel nunca fue bueno para el fútbol. En el colegio, dejaban

que los niños armaran solos los equipos en educación física, y él y un par de compañeros quedaban sobrando hasta que el profe intervenía para que los incluyeran. El entretiem po era su parte favorita del partido. Sentado en la banca podía descansar, no tanto del esfuerzo físico, sino del curso natural de las cosas, ese flujo imparable de situaciones que parecía dejarlo siempre en un lugar que no le interesaba. ¿Y si no había otra cosa? ¿si la vida iba a ser para siempre ese entretiem po? Tampoco era una idea que lo horrorizara. Había pocas cosas que tuvieran esa capacidad, de afectarlo intensamente. Hace rato el presente se había transformado en una especie de planicie larga que Gabriel recorría con indiferencia. La plata del bar alcanzaba para pagar lo que tenía que pagar. No era un trabajo demasiado terrible, y tampoco es que los excompañeros de Historia estuvieran “forrados” o en el éxtasis de la realización laboral. La mayoría trabajaba en cosas diferentes a la carrera y algunos ni siquiera tenían trabajo. En realidad, su único problema es que no podía dormir.

—¿Te gusta mucho la comida china?

Se quedó unos segundos con los ojos mirando el vacío.

—Sí —dijo moviendo la cabeza lentamente—. Supongo que en realidad me gusta hart o.

—A mí también, pero no me dejan comer muy seguido. Mi mamá dice que no alimenta.

—Yo me siento bien alimentado.

Gabriel se dio un par de golpes en la guata, y los dos se rieron. Era como una pelota, no tan grande, pero redonda y dura. Hacía que la polera se fuera hacia adelante.

—Es loco —le dijo, poniéndose de lado para que Alondra pudiera verla bien—. El ombligo va siempre más adelante que yo en la vida.

Sabía que eran estupideces, pero la niña se mataba de la risa. Llevaba varios días atajándolo cada vez que salía del edificio para comprar el almuerzo. Le mostraba cómo ya estaba a punto de saltar una bufanda negra. Así era fácil saber cuánto le faltaba. Las marcas de las ruedas en la lana decían la verdad.

A veces dormía una o dos horas después de almuerzo, pero ni eso estaba asegurado. Despertaba sobresaltado y confundido, tratando de escuchar lo que fuera que lo había sacado del sueño. Y a veces no había nada a qué echarle la culpa, la calle estaba en silencio. No había autos ni vecinos cortando el pasto. Podía no ser el mundo exterior, podía ser él, era una posibilidad, que todos los ruidos estuvieran dentro suyo y su cabeza funcionara como un amplificador. Era una línea de pensamiento triste: ir al psiquiatra, tomar pastillas, revivir etapas superadas de la adolescencia. Por ahora, trataba de ir juntando horas, como un coleccionista, a lo largo del día y de la noche. Todo sumaba. El sueño era como esos puzzles a medio armar en el living de una casa, donde todos van poniendo piezas cuando sea que tengan tiempo.

El ruido del skate era real, por lo menos sabía eso. Era cosa de asomarse a la ventana y ver a Alondra dar vueltas por el pasaje.

Con un cigarro apretado entre los dientes se metió en el closet del pasillo. Dos metros cuadrados repletos de objetos: la primera parte de una vida comprimida en cuatro estantes. Ahí estaban todas esas cosas que habían superado el filtro de lo que valía la pena conservar cuando se fue de la casa de su mamá. Detrás de unas cajas con ropa y un par de mancuernas metálicas encontró el skate que no usaba hace más de diez años. Harto polvo y las ruedas medio atoradas por falta de lubricante. Algo fácil de arreglar con un paño de cocina y un poco de Wd-40.

A Alondra le brillaron los ojos cuando lo vio aparecer deslizándose desde la puerta de entrada del edificio. Tanto que Gabriel se sintió como un ángel. El corte de pelo horrible que tenía, más bien, la falta de un corte de pelo, esa especie de jalea negra encima de la cabeza, tendría que haber sido la aureola. Ese pensamiento lo hizo reír.

—Hay muchos trucos que se pueden aprender mientras practicas el *ollie*, son distintas habilidades que hay ir desarrollando paralelamente: *primo stall*, *nose pick*, *nollie shove-it* —habló con firmeza, como un entrenador—.

Alondra seguía cada truco con atención. Preguntaba dónde tenía que apretar y qué hacer con los brazos. Sin darse cuenta, Gabriel le estaba hablando del tiempo, de ser eficiente y organizado. De cómo a veces es bueno pensar la vida como una cuenta atrás.

—¿De qué?

—En tú caso, de la fecha donde te explotan las rodillas.

Recordaba tardes así, donde las horas pasaban sin que te dieras cuenta. Así y todo, se sorprendió cuando revisó el teléfono y ya eran las cinco y media de la tarde. Tenía el día libre en el bar y nada mejor qué hacer. Alondra no dejaba de girar frente a él intentando distintos trucos. ¿Así Gabriel? ¿así?

Compró un Gatorade grande y los dos se sentaron a tomarlo en la cuneta. Cada uno con los pies en su tabla. ¿Cómo no tenía más amigos que anduvieran en skate? Cuando él era chico era algo evidente: si no eras bueno para el fútbol ni sabías tocar un instrumento, lo tuyo era el skate. Quizás era porque era una niña ¿cuál era el equivalente al fútbol de las niñas?

—¿Y no hacen gimnasia en tu colegio? —preguntó, y nada más terminar de hacerlo se sintió tonto.

—Sí —contestó Alondra, lentamente como para que Gabriel pudiera entenderlo—. Mis compañeras hacen gimnasia, pero a mí no me gusta.

Los dos se quedaron un rato en silencio. Moviendo la tabla de lado a lado con los pies, hasta que Alondra dijo: Además, no me gusta la elongación.

—Bueno, acá no necesitamos elongación.

Un auto dobló por el pasaje y se detuvo en uno de los estacionamientos. El freno de mano sonó con fuerza al tiempo que el motor enmudecía, como si al auto le acabaran de romper el cuello. Una mujer se acercó hasta donde estaban. El sonido de sus tacos retumbando en los edificios —los mismos que Gabriel oía desde su cama a las siete de la mañana—. Se detuvo frente a ellos y Gabriel vio sus cejas aparecer y desaparecer por encima de unos grandes lentes oscuros.

—Hola Alondrita.

El saludo sonó más bien como una pregunta. Las palabras fueron “hola Alondrita” pero a Gabriel le sonaron mucho más como: ¿qué está pasando? Se puso nervioso. No lo había pensado hasta ese momento, pero era raro. O no, no necesariamente, pero podía verse raro ¿qué hacía él pasando rato con una niña?

—Hola mamá.

—Hola —volvió a decir la mujer mientras sacaba un juego de llaves de la cartera.

—Hola —dijo Gabriel, haciendo una sonrisa un poco forzada con la boca y achinando los ojos, tratando de parecer alguien amistoso. Más tarde, con la tele encendida en el living pensaba en eso. Cada vez que la imagen se oscurecía en la pantalla, veía su propio reflejo imitando esa sonrisa nerviosa ¿Qué es ese gesto? ¿Es amistoso o es solo raro?

Es algo curioso, la amistad. Hubo una época en la que podía regodearse, en que no importaba quién tenía tal o cual cosa en común con él. El colegio y el barrio ofrecían amigos a destajo hasta que dejabas de ser un niño. Entonces uno crece y se las arregla para cambiar y encontrar cosas nuevas donde no encajan los demás, o tú mismo. El skate fue una de esas cosas que simplemente aparecieron en su vida y se quedaron con él un montón de años. Igual que el trabajo en el bar, un dato del hermano de un conocido. “Por si te sirve” le había dicho. Por si te sirve, ya iban cinco años.

La primera tabla la heredó de su hermano mayor y fue una especie de llave con la que destrabar la adolescencia. Automáticamente lo hizo amigo de los pocos compañeros que también tenían tabla, y casi sin darse cuenta, el *skatepark* de Bustamante se convirtió en una extensión de su pieza. La cantidad de horas invertidas ahí fueron inversamente proporcionales a estar en su casa aburrido.

El ruido de todas esas tablas saltando, cayendo y deslizándose era como el de una contru. El olor a paragua, las latas de cerveza, el pasto húmedo, los gorros de lana y los restos de vela que usaban para encerar los fierros. Todo aportaba en la construcción de un edificio imaginario que nunca iba a terminarse.

No había una fecha exacta. Un número al que asignar el hecho de que un día supo que ya no andaba en skate. Probablemente fue una cuestión de tiempo. La universidad podía ser una aspiradora y absorber lo mejor de ti. Los tres años que estuvo ahí lo escupieron hacia la adultez famélico de espíritu. Y ahí estaba expectante: un ciudadano relativamente culto esperando su destino. Y ahí estaban también los últimos amigos, los que maduraron sus intereses individuales hasta elevarlos a la comprensión de los procesos históricos de América latina (los que terminaron la carrera).

Dejar la universidad también fue dejar esos amigos. Algo que no parecía ir tan de la mano al principio y que se fue haciendo cada vez más evidente con el tiempo. Cuando

sus excompañeros se juntaban los fines de semana y a él le tocaba trabajar. O cuando tenía días libres y se sentía demasiado cansado como para hacer cualquier otra cosa que no fuera ver tele y dormir. O cuando revisitaba conversaciones con ellos y lo acosaban pensamientos terribles. Enfrentamientos imaginarios donde Gabriel esputaba cosas como: ustedes no tienen idea lo que es trabajar en una pega mala.

Por otro lado, si pensaba en los últimos años le costaba encontrar conversaciones que tuvieran algo remotamente interesante. Todo giraba en torno a lo circunstancial. Los tópicos favoritos del bar donde trabajaba eran: la noche anterior, el dueño del bar, los clientes desagradables, y si iba o no a llover en algún momento. ¿Era esa su nueva naturaleza? Había decidido salirse de la universidad, no de la vida completamente ¿no?

—¿Dónde vamos? —preguntó Alondra, caminando junto a él.

—A un parque.

Lo veía siempre desde la micro, camino al trabajo. El *skatepark* sobrevivía a pesar de los años y las construcciones alrededor.

Alondra apoyó el pie en la tabla mientras Gabriel le amarraba las zapatillas, un poco abrumada por el ruido y la cantidad de niños que cruzaban frenéticos de un lado a otro.

La acompañó un par de pasos bordeando la circunferencia desde afuera para que agarrara confianza.

—Fíjate cómo se siente en las ruedas andar en un lugar así de liso.

Alondra se separó del borde y comenzó a patinar. Dio varias vueltas por el círculo. Maniobrando sin problemas, levantando la punta del skate con confianza para cambiar de dirección. El pie para echarse vuelo bajaba de la tabla al cemento y volvía con un ritmo parecido a la respiración.

Pasaron solo unos minutos antes de que un par de niños de su edad se acercaran a compartir trucos y consejos. Gabriel miraba la hora en el teléfono y buscaba la mirada de Alondra entre los niños. Cuando se cruzaban, levantaba las cejas para ver si ya estaba lista. Todavía no, le respondía girando la cabeza. Dale Alondrita, apura la causa, tengo que ir a trabajar.

—¿Y, te dieron los teléfonos? —le preguntó cuando volvió a la orilla.

—Uno solo —dijo la niña.

—Bien. ¿vamos?

—¿Y tú, no vas a dar ni una sola vuelta?

No alcanzo, iba a empezar a decir, pero detuvo ese pensamiento. Una vuelta son veinte segundos. Creo que tengo veinte segundos.

—Una vuelta —dijo.

Alondra le prestó su tabla y Gabriel se paró sobre ella con la parte de atrás apoyada en el cemento y la punta colgando hacia donde se emplazaba la pista. De pronto recordó esa sensación. Esos segundos exquisitos antes de lanzarse. Estaba dichoso. Como si una fuerza impensada trizara el hormigón de tristeza que tenía dentro. La sonrisa de Alondra junto a él, expectante. Cerró los ojos Eso era todo lo que necesitaba ella, un empujoncito para seguir sola. Si la llevaba dos o tres veces más seguro se hacía un grupo de amigos y eso debería asegurarle por lo menos un par de años de felicidad.